

Persona y presencia del analista de niños. El interjuego entre la persona, la presencia y la función analítica¹

Alicia Sirota

LA PERSONA COMO SOPORTE DE LA FUNCION DEL ANALISTA

En esta conceptualización uso el término persona como equivalente a un ser humano determinado por sus series complementarias, su historia, su vocación de analista y asimismo su vocación de analista de niños.

Devenir analista es algo que le sucede a una persona, que se va gestando desde la infancia, que tiene que ver entre otros aspectos, con acontecimientos e identificaciones. A veces un secreto familiar que el niño busca develar y que va descubriendo trabajosamente en base a indicios mínimos determina una marca importante en el proceso de su vocación analítica.

Si digo que la persona soporta la función analítica me refiero a que lleva dicha función en si, le da apoyo y sostén, la tolera y la sufre en pos del deseo de llegar a ser analista y de mantenerse como tal.

Todo esto suena muy similar a lo que le pasa a la madre en relación a su hijo: lo concibe, lo cría y lo cuida con alegría y dolor, trata de que se desarrolle en situaciones favorables evitando las que puedan dañarlo.

El material clínico de una pequeña niña de 16 meses que presen-

¹ Presentado en el XXII Congreso de FEPAL: Persona y Presencia del Analista. Santiago de Chile, septiembre del 2008.

taba un severo síntoma de anorexia me llevó a pensar en el interjuego entre la persona, la presencia y la función del analista.

Cuando el derivador me describió la situación de la niña y sus padres, pensé que no quería agobiarme de responsabilidad, no quería intervenir en el caso que hubiera que internarla, ni temer lamentar su muerte, ni afrontar la desesperación de los padres en relación con esta única hija. A esta altura de mi vida ya no estaba “para estos bailes”.

Acepté entrevistar a los padres y a la nena, con la condición de poder derivarla a mi vez; ya tenía preparado de antemano el nombre de otro analista de niños.

Su madre le había retirado el pecho entre el cuarto y el quinto mes porque vomitaba y Jimena no había aceptado la mamadera, ni tampoco leche que en el momento de la consulta tomaba camuflada con jugo de frutas.

Hasta el cuarto mes se había alimentado y aumentado normalmente. Había nacido con 2,700 kilos y en el momento de la consulta pesaba algo más de 6 kilos.

Me encontré con una nena diminuta y bonita que no se veía caquéctica ni deshidratada. No caminaba pero se mantenía parada con algún apoyo.

Su mirada recorrió larga y sostenidamente todos los sectores del consultorio. ¿Cuál era el sentido de esa mirada inolvidable? ¿Control, curiosidad, devorar por los ojos? ¿Mantenerse navegando en el espacio sin ligarse a ningún objeto en particular? Esto último se tornó importante en relación a la falla en la ligazón con su madre.

Decidí interrumpir la continuidad de esa mirada que parecía interminable y le ofrecí la caja de juegos.

Se interesó por los juguetes que tenía dispuestos pero fue llamativo que se alejara rápidamente de la madre y le diera la espalda. Nada de la angustia del niño pequeño ante la persona extraña que Freud describió en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926).

Me entregaba a mí los juguetes que iba sacando de la caja; le llamó la atención la masa (semejante a la plastilina); yo hice bolitas y ella empezó a metérselas en la boca ¡situación paradójica! Se lo impedí y le dije que eso no se comía, que estaba muy enojada con su mamá y por eso no comía la comida que ella le daba.

A continuación introduje el “como si” del juego mostrándole cómo hacía para darle de comer al muñeco-bebé, cosa que Jimena imitaba y que también yo hacía, jugando a que comía sin comer en realidad.

Este esquema de juego en que yo le impedía comer las bolitas de masa y después jugábamos a que comía, se repitió.

Me voy a detener aquí en el desarrollo del relato para referirme al tema que nos convoca.

Cuando me descubrí ejerciendo la función de analista, interrumpiendo su especial mirada, ofreciéndole material lúdico e introduciendo el “como si” del juego, cuando pude apreciar las respuestas de Jimena, su disponibilidad lúdica, su interés en repetir el mismo juego, cuando pude pensar en el sentido de este llenarse la boca para que yo se la vaciara y comentarle algo acerca de esto, mi persona en cuanto a los temores previos y limitaciones, enmudeció.

En cambio se me hizo audible mi sentimiento de confianza como analista en relación a las posibilidades desplegadas por Jimena. Cuando *a posteriori* me sorprendí como analista, se me hizo confiable mi escucha y mi capacidad de operación.

Si las características de la paciente hubieran sido otras y mis temores se hubieran visto justificados, las previsiones de la persona del analista hubieran sido válidas en cuanto a su autocuidado como soporte de la función analítica, no sólo en relación a esta paciente, sino también teniendo en cuenta a los otros pacientes.

LA PRESENCIA DEL ANALISTA DE NIÑOS – JUEGO Y LENGUAJE VERBAL

Hacerme presente estimulando el juego, haciendo bolitas de masa, por ejemplo, apoyando mis palabras con actos y utilizando el material lúdico, es lo clásico de la presencia de un analista cuando se trata de un niño.

Aquí cabe una digresión ¿podría un niño analizarse por teléfono?

Su lenguaje verbal es incipiente, no porque no tenga palabra sino porque rechaza el código en sus formas ya hechas y obligadas; en el juego se expresa en su manera más personal jugando la polisemia de la palabra, nominando a varios objetos con el mismo nombre o a un mismo objeto con nombres diversos.

El niño necesita apoyar la palabra en actos, objetos, juguetes, con un alto grado de percepción de todos los órganos de sus sentidos. La incidencia de la palabra en el niño motiva el juego, necesita jugar la palabra y por el juego atraviesa el camino hacia la adquisición más elaborada de la verbalización en su nivel más simbólico.

El adulto siempre va a resultar para el niño una presencia censora, sólo por poseer un grado más acabado de la verbalización, más allá de su actitud general hacia el niño; por eso el frecuente rechazo a la interpretación verbal.

La presencia del analista representa en este aspecto aporte pero también censura y temor.

Si el niño va de la palabra al juego, el analista va del juego a la palabra. Espontáneamente lee lo que juega el niño y construye un contenido verbal. El lenguaje lúdico reactiva en el analista sus ansiedades infantiles respecto al lenguaje verbal. El lenguaje verbal para el niño y el juego para el analista pueden resultar factores de coacción, incomprensión o retardo de la descarga motriz o verbal respectivamente.

La transferencia del niño sobre la palabra y del analista sobre la actividad lúdica, constituye el aspecto más específico del análisis de niños.

No puede jugarse sino con ambos de cuerpo presente.

LA PRESENCIA DEL ANALISTA EN RELACION A LA FRECUENCIA DE SESIONES

En cuanto a la frecuencia de sesiones que supone determinada intermitencia, cierto ritmo en cuanto a la presencia del analista y también del paciente, en el caso de Jimena decidí conjuntamente con los padres que vería a la niña quincenalmente y tendría con ellos las entrevistas que se necesitaran.

A pesar de que los padres estaban tan ansiosos por encontrar la solución a la severa inapetencia de su hija, estaban hartos de concurrir a los médicos, que sólo habían buscado causas orgánicas del síntoma, había estado incluso internada; la nutricionista había indicado una gran variación de alimentos para ofrecerle por lo cual tuvieron que tomar más ayuda doméstica y todo esto sin resultado.

Les dije que probaríamos. A los dos meses y medio de comenzado el tratamiento Jimena había aumentado 800 gramos, se encontraba en el percentil más bajo dentro de la normalidad, pero fue importante la evaluación del aumento parejo día por día. La nutricionista le dio el alta. La dentición que estaba detenida se reactivó fuertemente. Comenzó a intentar caminar, lo hacía cada vez más a lo largo del lapso de este tramo del tratamiento que duró cinco meses. Desarrolló

una simbiosis esperable con la madre como no había tenido antes y fue notable su progreso en la esfera verbal.

Todo esto se produjo coincidentemente con un acercamiento afectivo al padre, figura bastante denigrada por la madre por su personalidad depresiva y porque no hacía las cosas que ella pensaba que eran importantes, por ejemplo mudarse.

Lo que pude observar en las sesiones es que el padre mantenía hacia su hijita una actitud cariñosa y atenta y que sus observaciones eran detalladas y esclarecedoras. Una vez que Jimena se mostró inapetente, sólo aceptó comer algo del ¡salamín que había comprado el padre! Se empezó a dar permiso para sus tendencias edípicas.

LA PRESENCIA DE LOS PADRES EN LAS SESIONES: OTRO ASPECTO DE LA PRESENCIA DEL ANALISTA Y LA FUNCION ANALITICA EN EL ANALISIS DE NIÑOS

Como suele ocurrir en los análisis tempranos, en este caso se incluyó la presencia de los padres, una vez la madre y otra el padre o bien ambos juntos. Ellos traían jugo y pañales, se ocupaban de la asistencia física de la niña durante la sesión; comentaban lo que había pasado en los días en que no había visto a la niña en diversos aspectos que trascendían el tema de la alimentación, cómo dormía por ejemplo, la relación que mantenía con la abuela, con la empleada doméstica.

Ellos dijeron sentirse aliviados por su presencia en las sesiones y espontáneamente adoptaron actitudes semejantes a las mías en el manejo de los límites. Ese “¡eso no se come!” del primer encuentro se repitió en otros contextos: respecto a querer tomar objetos personales míos, mis anteojos o mi lapicera o en relación a la hora de terminación de la sesión. A menudo Jimena decía “¡abí peta, a casa!” Yo le mostraba el reloj y le decía que cuando la aguja pasara de tal palito a este otro podría irse; la misma niña me imitaba, contaron sus padres que hacía algo semejante con otras personas grandes y chicas.

Los padres me aceptaron como autoridad en cuanto a todo lo concerniente a Jimena, cosa que fueron instaurando de a poco en sí mismos en relación con su hija.

En el ámbito de la contratransferencia ocasionalmente tuve deseos de seguir en la intimidad el juego de la niña. En algún aspecto yo sentía la presencia de los padres como una interferencia superyoi-

ca, por el solo hecho de ser padres; porque el analista de niños vive la presencia de los padres con cierto temor más allá de la posición que ellos tengan en la estructura de la situación analítica, simplemente por la reactivación edípica que se produce, basta para esto la evocación de la palabra “padres”.

Digo que esto se produce en el ámbito de la contratransferencia porque se trata de la respuesta a algo que está ocurriendo en la situación analítica. Pero tengamos en cuenta que también pueden producirse reacciones de la persona del analista que no corresponden al ámbito del análisis: cansancio, dolor de cabeza, preocupaciones, duelos o situaciones entusiasmantes que implican una fuerte inversión de libido, y que pueden interferir en la escucha.

Ubico a los afectos en el ámbito de la persona y a la dilucidación de la contratransferencia en el de la función analítica.

ENCUENTRO CON LA PERSONA – EL HALLAZGO DEL INCONSCIENTE

La madre me había advertido antes de que viera a la nena que siempre que Jimena sospechaba que iba a ver a un médico se resistía y lloraba. No sé qué le dijeron los padres acerca de la consulta conmigo. Pero Jimena venía de muy buen grado, primero en brazos de sus padres y luego introduciéndose en el consultorio lo más rápido que le permitían sus piernas.

Pienso que esta nena tenía registro de su conflicto psíquico y que encontró la especificidad de lo que buscaba en el análisis.

Una vez el padre contó que en esos días Jimena estaba más inapetente. Le pregunté si había pasado algo especial. Jimena jugaba entre tanto con una pelotita que tiraba lejos de ella y después la iba a buscar. El padre se refirió a que la abuela, con quien mejor comía Jimena, se había ido de viaje. Fue clara la relación del juego de Jimena con este hecho, una especie de juego del *fort-da* y se lo transmití en esos términos. Entonces ella miró en dirección al lugar donde había estado sentada la madre la vez anterior, lloró y gimió “¡mamá, mamá!” Había captado perfectamente el sentido de mis palabras y relacionó ambas ausencias, la de la abuela y la de la madre.

Lo ocurrido me recordó la secuencia que marca Winnicott en relación con el sentimiento de persona:

“a) relajamiento en condiciones de confianza basada en la experiencia;

b) actividad creadora, física y mental, manifestada en el juego;
c) suma de estas experiencias para formar la base de un sentimiento de persona”.

“... para actuar como una unidad no en defensa contra la ansiedad sino como expresión del YO SOY, estoy vivo, soy yo mismo (Winnicott, 1962). A partir de esta posición todo es creador”. (1972, págs. 82 y 83)

La secuencia mencionada se da también en el analista cuando en un clima de confianza jugando con sus asociaciones se encuentra con el hallazgo que recrea sus sentimientos de persona. Siempre hay sorpresa en este encuentro, no se puede calcular ni planear cuándo se dará. Surge como lo que alguien dijo de la felicidad: “Cuando la felicidad nos sale al paso nunca lleva el hábito con que nosotros pensábamos encontrarla”. Así salta el inconsciente con su vestidura desconocida que sin embargo vivimos con un sentimiento de *deja vu*. Es el encuentro con una verdad que nos mira desde afuera, nos hace sentir diferentes y al mismo tiempo nos señala en nuestra mismidad; lo que surgió nos pertenece y ya no podemos ser los mismos de la misma manera.

La situación analítica implica la presencia ineludible de la persona del analista cuya función analítica pasará por los avatares de la transferencia y la contratransferencia; la emergencia del inconsciente no podrá menos que cambiar en su dinámica el interjuego entre la persona, la presencia y la función analítica, pero a su vez cada uno de estos tres términos no podrá permanecer sin transformaciones intrínsecas en su estructuración.

Ser analista, como función, como identidad, modifica absolutamente todos los aspectos de la persona, físicos y mentales, conscientes e inconscientes.

Siendo la persona soporte y portadora de la función analítica, sólo la presencia de la persona en la situación analítica posibilitará su surgimiento.

Si los padres traen al niño a la consulta, la persona llevaría con su presencia al analista.

BIBLIOGRAFIA

- ABERASTURY DE PICHON RIVIÈRE, A. (1953) "La dentición, la marcha y el lenguaje en relación a la posición depresiva". *Rev. de Psicoanálisis*, XV, 1-2.
- BARANGER, W. (1982) "Los afectos en la contratransferencia". En: Introducción a los paneles, XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina, Buenos Aires.
- FREUD, S. (1907) El creador literario y el fantaseo. O. C. Amorrortu Editores, XIX., Buenos Aires, 1976.
- (1926) Inhibición, síntoma y angustia. O. C. Amorrortu Editores, XX., Buenos Aires, 1979.
- KREISLER, L.; FAIN, M. Y SOULÉ, M. (1974) *El niño y su cuerpo*. Amorrortu Editores, Pcia. de Buenos Aires, 1999.
- LACAN, J. (1966) "El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". *Escritos I*, Méjico, Siglo Veintiuno, 1972.
- SIROTA, A. (1988) "Especificidad del diálogo en análisis de niños y de..." *Psicoanálisis*, Vol. X, N° 2, Buenos Aires.
- (2005) "Jugar la palabra". En: VII Jornadas del Depto. de Niñez y Adolescencia: "Marcas de la época en el Psicoanálisis con niños y adolescentes", Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
- (2007) "Elaboración en psicoanálisis de niños. Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes", *Revista on line*, año 1, N° 1, APdeBA.
- WINNICOTT, D. (1962) Capítulo 4: "El juego - Actividad creadora y búsqueda de la persona", en *Realidad y Juego*, Granica Editor, Bs. As., 1972.

Alicia Sirota
Arenales 1805, 16° "C"
C1124AAA, Capital Federal
Argentina